

LA IDEEA

SEMENARIO REPUBLICANO

S. D.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Horno de los Bizcochos, 19, TELEFONO 133.

La correspondencia referente a suscripciones, anuncios, etc., debe dirigirse al Administrador. La política, literaria ó de redacción, se enviará al Director de este semanario.
Los originales que se remitan estarán firmados y no se devuelven publiques ó no.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Toledo un trimestre.. 1'25 pesetas.
Fuera de la capital, id... 1'50 »
Número suelto..... 0'10 »
Anuncios y comunicados á precios convencionales.

Pago adelantado.

La interior satisfacción.

Es indudable que el Ejército tiene sobrados motivos para estar satisfechísimo de la Monarquía y de sus gobiernos.

En efecto, por salvar á la dinastía, por sostener el trono, además de perder los últimos restos de nuestro poderío colonial, fué llevado el Ejército á la guerra en tal estado que, si se hiciera su proceso, resultaría un verdadero delito de alta traición á la patria, además de alevosa y premeditada traición á las instituciones militares.

No descubro con esto ningún continente. Se ha dicho ya en la prensa y en el Parlamento. Lo sabe ahora todo el mundo.

La responsabilidad de que la opinión, extraviada, se haya divorciado durante largo tiempo del Ejército, incumbe á los que le enviaron á luchar sin organización, sin preparación, sin elementos, sin material y sin generales.

Después del vergonzoso ensayo de Melilla, donde pudo verse todas las deficiencias apuntadas, debió ponerse el remedio posible, intentarlo al menos, porque era obligación de los hombres de Estado prever lo que ha ocurrido; y no digo adivinarlo, porque nuestros gobernantes no adivinaron nunca nada.

Sobrevino la catástrofe. Los mismos que nos llevaron á la guerra por temor á que el pueblo arrollase al trono, por el mismo temor provocaron el desastre de la escuadra en Santiago de Cuba; por el mismo temor impetraron la paz, obligando al Ejército á rendirse sin luchar; por el mismo temor pactaron sin regatear el tratado de París.

Cuando el Ejército regresó á la patria, los que poco antes le despidieron con flores y escapularios y aplausos, desdenaronle y le miraron con enojo.

Los gobernantes, en lugar de atajar el error de la opinión apartando del elemento armado aquella corriente de odiosidad, dejaron crecer la ola, permitieron que sobre el Ejército recayesen todas las acusaciones y todas las responsabilidades, y aun lo fomentaron, echando carne á las fieras, dando pasto á la pública voracidad que se entretuvo en esperar los fallos de tribunales de honor que se ensañaron con prevaricadores de modesta jerarquía, dejando en paz á los ladrones con entorchados.

Con este sistema se alejó el peligro inminente de que la opinión levantara la puntería y viese al responsable sentado en las gradas del trono y entrase en ganas de volcarlo ó, por lo menos, de echar de España á quien la había traicionado y sacrificado.

Por mucho menos corrió la sangre del Ejército en Aleclea. Por mucho menos corrió la sangre de los tiranos en Servia. Por cosa parecida se hundió en Francia el imperio de Napoleón y sobre sus ruinas se levantó esta República que ha engrandecido á su patria y ha ennoblecido y regenerado á su Ejército.

* *

Y aquí no ha pasado nada, absolutamente nada, miserables de nosotros.

Se levantó el general Blanco en el Senado, á llorar, como Boabdil delante de Granada, su excesiva subordinación y absurda disciplina.

Se ha levantado ayer Salmerón á extender su dedo inflexible sobre la frente del culpable.

Pero ¿cuánto queda todavía por decir!

En primer lugar, hay que decir que no está exento de culpa el propio Ejército. Si yo callara esto, parecería que me propongo, arrodillado á las plantas de César, romper incensarios en su honor, y no háy tal cosa. Pero tampoco me interesa ahondar ahora en este aspecto de la cuestión. Sólo diré que Martínez Campos se sublevó frente al enemigo contra una República que no había perdido un palmo de terreno nacional, que no había deshonrado al Ejército y en la cual el *napoleón* de Francia valía 19 reales de España.

Parecía natural que este sacrificio, aceptado voluntariamente por la institución armada, en holocausto á la conservación de la Monarquía, tuviera alguna recompensa otorgada por el trono.

Había que hacer, hasta por instinto de conservación, algún esfuerzo para rehabilitar á los injustamente inculcados, para dignificar á los que se veían sin razón menospreciados, para satisfacer aspiraciones patrióticas del Ejército.

Es este el primero en reconocer que no está á la altura de su misión. Pide á los Gobiernos medios para capacitarse. Quiere estudiar, organizarse, practicar, que entre en su alma la reforma regeneradora. No lucha por la cantidad, sino por la calidad.

Arrancan sus aspiraciones desde abajo y dice en todos los tonos: «No tenemos cuarteles, ni campos de experimentación, ni material de guerra, ni parque sanitario, ni Academias, ni generales, ni organización, ni soldados. Que no sean nuestros cuarteles focos de infección; que no sean nuestros campamentos y polígonos, pistas de circo; que no sea nuestro material desecho de otras naciones, y aun así miserablemente regateado; que tengamos medios, cuando el caso llegue de curar á nuestros heridos; que la enseñanza de nuestras Academias sea racional y europea; que no se recargue nuestro generalato con nulidades que improvisa el nepotismo; que tengamos la organización adecuada á los elementos de que disponemos; que el soldado coma, cuando menos...»

Y hé aquí que el sargento, en las actuales circunstancias sociales, sigue teniendo seis reales diarios de haber, menos que un peón de albañil, y sin esperanza de otro porvenir que la miseria.

Y hé aquí que nuestros soldados siguen sometidos á un régimen absurdo de alimentación, con 47 céntimos diarios para su subsistencia, incapaces por ello de resistir una jornada de camino, una parada de algunas cuantas horas.

Y hé aquí que tenemos generales para mandar todos los ejércitos de Europa reunidos... si supieran.

Y hé aquí que solo disponemos de 140 cañones

de tiro rápido y están nuestras costas indefensas y los soldados van á los ejercicios de tiro con una dotación de tres cartuchos por plaza, y no hay créditos para maniobras y las que hacemos causan la risa de los agregados militares extranjeros.

Y hé aquí, en fin, que los jefes de cuerpo tienen que convertirse en amas de llaves, comineros que han de buscar economías para mejorar la comida del soldado en convinaciones inverosímiles, escudriñando las peladuras de las patatas, el lavado de la ropa, la duración de las alpargatas...

¿Y es así como se hace Ejército, como se le dignifica en la opinión, como se le ennoblece?

El general Linares tenía algunos proyectos reformistas, pocos, medianos, pero «del lobo un pelo».

Quería aumentar 3 céntimos por plaza para mejorar la alimentación del soldado. Este gasto se hubiera compensando con la disminución de las estancias de Hospital.

Llega el general Martitegui, lleva el asunto al Consejo de Ministros y el Presidente se opone y la mezquina reforma queda en proyecto y el Ministro de la Guerra, general palaciego impuesto por la Monarquía, calla, se resigna y no dimite.

La Monarquía se conforma con un ejército de hambrientos. Los coroneles y capitanes mandan regimientos y compañías de esqueletos.

Hay una juventud militar que, no viendo en perspectiva probabilidades de nuevas guerras, por fortuna para la patria, siente ansias de aprovechar la paz para instruirse, para elevarse, para formarse, en fin, alcanzando aquellas aptitudes profesionales y científicas que le hagan en lo militar capaz para el cumplimiento de su misión, y en lo civil ciudadano digno de una nación culta y libre.

Pero advierte que sus ilusiones se agostan y sus aspiraciones fracasan y sus aptitudes se atrofian en la vida monótona de guarnición, áspera y embrutecedora en nuestro país, donde las ciudades en su mayor parte carecen de ambiente intelectual.

Los jefes, como los oficiales, cánsanse de esa vida y el hastío les gana; y debilita su espíritu militar y su amor á la profesión, el ejercicio rutinario de servicios cuasi domésticos, nada militares, á veces depresivos, limitados á minucias de cocina, de dormitorios, de almacén, porque, en realidad, reducido el contingente activo á proporciones inverosímiles en los regimientos, ellos han venido á convertirse en escoltas de las banderas que se empolvan en sus vitrinas y en guardas del almacén que combaten en batallas incruentas contra la herrumbre y la polilla.

Si se conociera la vida militar íntima de los jefes de regimiento ó batallón que se toman la molestia de trabajar por sus soldados, causaría asombro.

Veámos en funciones. Se han batido de oficiales en la pasada y última guerra civil; de jefes en Cuba ó Filipinas. Han pasado junto á la muerte y sueñan con la gloria. Ahora, en su despacho, se inclinan sobre la mesa y hacen columnas de guarismos, regimientos de cifras, batallones de números. Tantas plazas, por tantos céntimos, total tanto. No puedan comer.